

UNA REVOLUCION AUSENTE

Denis A. Goulet

A pesar de la publicidad masiva que se le ha dado a la Alianza para el Progreso ahora en su quinto año, apenas si es comprendida dentro de los Estados Unidos. Peor aún, no ha sido capaz de entusiasmar a aquellos de los latino-americanos a quienes principalmente trataba de captar: los auténticos líderes reformistas y las masas en toda su amplitud. En 1963,

se creó el Comité Inter-americano de la Alianza para el Progreso (CIAP) con poderes ejecutivos con el fin de constituir una maquinaria que adaptara la Alianza a un trabajo eficaz, pero el programa conserva todavía su sabor esencialmente bilateral y camina de mala manera sobre dos andaderas, que son, un sistema de asignaciones anuales que escasamente contribuyen a satisfacer las necesidades a largo plazo y la subordinación a la estrategia política de los Estados Unidos. Por estos

móviles, más que por la penosa imagen proyectada en su lentitud burocrática, los entusiastas del desarrollo latino-americano raramente son entusiastas de la Alianza.

¿Qué es lo que falta?

La mayoría de los líderes políticos latino-americanos, los economistas y planificadores perciben, es verdad, la utilidad de un sistema de ayuda financiera y técnica. Ellos reconocen que los proyectos de la Alianza son generalmente buenos y que las misiones de los Estados Unidos contribuyen con recursos técnicos de "saber-hacer" y recursos de capital a sus esfuerzos de desarrollo. Sin embargo, ellos piensan una y otra vez, aunque es raro que lo digan, sobre una "Revolución Ausente". Ellos sienten que si esta revolución falta, la Alianza puede muy bien mantenerse por diez o veinte años, pero no pasará de ser un programa de ayuda bilateral, y no un "mito" dinámico de desarrollo capaz de galvanizar las energías populares alrededor de un gran plan.

Uno de los líderes latino-americanos que ha descrito esta Revolución Ausente es Dom Helder Câmara, Arzobispo progresista de Recife, la capital del Nordeste del Brasil, uno de los más influyentes abogados de la reforma en el continente. ¿Qué es esa Revolución Ausente indispensable para el desarrollo del Nordeste, que conoce muy bien Dom Helder, y para el desarrollo de otras regiones atrasadas en Latino-América? Es una revolución que todavía está por nacer y que tiene que producirse dentro de los Estados Unidos. Voy a parafrasear los términos empleados por Dom Helder al exponer su punto de vista.

*Lo único capaz de salvar
la "Alianza"*

Dos revoluciones sociales han sido lanzadas dentro de los Esta-

dos Unidos: el movimiento de los derechos civiles y la guerra contra la pobreza. Ambas "revoluciones" han exigido valor y han permitido llegar a un cambio radical y drástico de viejas opiniones y formas de conducta. Los norteamericanos se han atrevido a confesar la injusticia de sus estructuras raciales y han acometido la ardua tarea moral de reformarse a sí mismos a la vista de toda la opinión mundial, tanto enemiga como amiga. Todavía han hecho más. Traspasando el velo del mito que envuelve la verdadera "Forma Americana de Vida", han pregonado a sí mismos y al mundo la existencia de la pobreza dentro de los Estados Unidos, de una pobreza material completa que mancha el sueño americano de la abundancia.

La pobreza americana es particularmente degradante porque aquí la gente se avergüenza de ella y siempre ha procurado borrar su evidencia bajo la alfombra. Ahora, sin embargo, el Presidente Johnson declara la guerra contra la pobreza y moviliza los enormes recursos de los Estados Unidos con el fin de conseguir que la herencia americana sea accesible a todos los nacidos en el gran país del norte. Los Estados Unidos merecen el aplauso del mundo por tales realizaciones, a pesar de que los gastos escalonados de la guerra de Vietnam amenazan reducir la guerra contra la pobreza reduciéndola a una simple escaramuza.

El éxito de los Estados Unidos en su lucha por los derechos civiles y eliminación de la pobreza no ha sido total, pero basta para alimentar la esperanza de Helder Cámara de que la "Revolución Ausente" surgirá muy pronto en la conciencia política de los ciudadanos norteamericanos. Esta revolución tiene que luchar con la "presencia" de los Estados Unidos en las naciones sub-desarrolladas y con formas indignas de materialismo diseminadas en nombre del desarrollo, de un extremo a otro de estas naciones por el poder, riqueza y asistencia de los Estados Unidos. Mientras no se produzca este despertar moral, la Alianza para el Progreso no podrá prender los corazones de los latino-americanos.

La contradicción norteamericana

¿Por qué? Porque la posición mantenida por los Estados Unidos esconde una contradicción. Predica una planificación a largo plazo, reformas administrativas, agraria, fiscal; pero, todo latinoamericano que apoya seriamente estos ideales, es un "izquierdista" en el ambiente político e ideológico de su país. Y los Estados Unidos nada quieren saber de "izquierdismo". Su política simpatiza demasiadas veces con grupos preocupados por crear un clima de seguridad para las inversiones norteamericanas, grupos que muy raramente pueden llamarse "izquierdistas". La política del Departamento de Estado se ve continuamente plagada de inconsecuencias respecto a los gobiernos reformistas. Es verdad que la Alianza ha respaldado con todo vigor al Presidente Belaúnde Terry en Perú y al Presidente Eduardo Frei, pero su postura en otros países revela ambigüedad, por decir lo menos. En consecuencia, los latinoamericanos encuentran razonable atribuir motivos hipócritas a los Estados Unidos al patrocinarse la Alianza para el progreso. Esta sospecha se robustece por la evidente repugnancia de los Estados Unidos a reformar su comercio y tarifas aduaneras con las naciones subdesarrolladas. La sensibilidad latino-americana se siente doblemente disgustada por causa de los precios de los bienes necesarios, en parte porque Raúl Prebisch y Celso Furtado, los dos economistas de mayor influencia entre los planificadores latino-americanos, ambos atribuyen al problema la mayor importancia. Estos hombres y muchos como ellos no dudan de la validez de las acusaciones de los Estados Unidos contra el comunismo, como supresor de la libertad política. Replican simplemente que el sub-desarrollo niega la libertad económica y personal a sus pueblos y que, por esta razón, el anti-comunismo es una expresión que sobra y una política estéril cuando se trata de aplicarla en áreas sub-desarrolladas. Al adoptar este lenguaje y política, los Es-

tados Unidos se arriesgan a indisponerse no sólo con el Tercer Mundo (el sub-desarrollado), sino también con las naciones desarrolladas occidentales y con las más avanzadas de las del bloque socialista.

La reforma de los demás debe comenzar por uno mismo

¿Cómo pueden los Estados Unidos urgir reformas en los países latino-americanos sin reformarse antes ética y políticamente en su proceder con esos mismos países sub-desarrollados? Helder sostiene que las reformas dentro de Latino-América solamente pueden adquirir fuerza moral e influencia política capaz de destruir las estructuras internas de privilegio, si la opinión pública norteamericana llega a tomar conciencia del significado moral de su riqueza y de su responsabilidad con el mundo en desarrollo.

Luis-José Lebreton O.P., gran amigo de Helder, fundador de "Economía y Humanismo", es uno de los expertos en desarrollo que hizo esta diagnosis hace años. En 1958, publicó en francés su renombrado "Suicidio o Supervivencia de Occidente", abogando por una nueva visión y coraje de parte de las naciones ricas. Rápidamente se tradujo su obra al español y portugués y llegó a ser el "Baedeker" (guía de viajes) de los líderes reformistas no-marxistas en toda Latino-América. Sin embargo, el libro de Lebreton sólo ahora se ha hecho accesible en inglés a los lectores norteamericanos ("The Last Revolution", Sheed, 1965). Pero, lo curioso es que la edición inglesa no es más que la traducción de una condensación popularizada de "Suicidio" que apareció en francés como "El Drama del Siglo". Desafortunadamente, la mayoría de los datos e importantes citas que lo avalan y se hallan en "Suicidio" faltan en la versión abreviada.

"La Última Revolución", de la que habla Lebreton, es la misma que

acaba de ser evocada por Dom Helder: una transformación total de una jerarquía de valores basada en el poder adquisitivo y riqueza superflua —con su corolario, la ayuda exterior, como instrumento defensivo de los propios intereses económicos y de la estrategia político-militar— a una jerarquía de valores basada en la solidaridad mundial en su lucha contra las necesidades que deshumanizan a las masas. El desarrollo exige sin duda gran austeridad de parte de las naciones retrasadas. Su nivel de producción debe aumentar sin que puedan mejorarse sustancialmente los niveles medios de consumo personal, y esto por decenios. En estos términos, la escala de valores centrada en el consumo, característica de las naciones avanzadas solamente puede provocar la ilusión en los países sub-desarrollados o el cambio a un refinamiento mayor de las pequeñas minorías dentro de esos mismos países. Por todo lo dicho toca a los Estados Unidos, como lo ha demostrado Gunnar Myrdal, dirigir la marcha hacia el encuentro de una fórmula no-materialista de felicidad en un mundo de abundancia.

Una filosofía moral del desarrollo

Lo específico de semejante transformación fue esbozado por el P. Le Bret en su "Manifiesto para una Civilización Solidaria" y en mi trabajo, "Ética del Desarrollo". Desde luego que un nuevo tipo de experto en desarrollo —el filósofo del desarrollo— debe rápidamente ocupar su puesto, no precisamente tras los muros de las instituciones académicas de desarrollo, sino sobre todo en los consejos de los planificadores del desarrollo económico y de los dirigentes políticos. Hasta el presente, las estructuras institucionales han mostrado escasa flexibilidad para ofrecer plataforma apropiada al "especialista en generalidades". Este rechazo se fundamenta en parte en la observación, con frecuencia comprobada, de que el hombre de síntesis es un diletante o un charlatán. Sin embargo, los institutos

de desarrollo en los Estados Unidos, los expertos y profesionales del mismo van reaccionando en número creciente a la falta de verdaderos filósofos del desarrollo, capacitados en técnicas de planificación y en hermanar nuestras ciencias gracias a una extensa sabiduría arquitectónica. De mayor simpatía que antes goza hoy el investigador que explora la aplicación de las distintas "éticas del desarrollo" y la conveniencia de metodologías inter-disciplinarias sintéticas del micro y macro análisis tal como las ideó el P. Le Bret y sus colegas de "Economía y Humanismo".

Mientras tanto, los líderes latino-americanos esperan con impaciencia la erupción de la Tercera Revolución en los Estados Unidos; un despertar general a las dimensiones éticas del desarrollo y a la insuficiencia de la actitud actual norteamericana hacia el Tercer Mundo. Esta fe en las dimensiones éticas del desarrollo se funda principalmente en la convicción de que la única respuesta válida a los dos retos parejos de abundancia y miseria, es: 1) austeridad voluntaria practicada por los ricos con el fin de afirmar su libertad de espíritu frente a los bienes materiales que no necesitan para ser plenamente humanos; y 2) austeridad voluntaria practicada por los pobres en la moderación de sus apetencias, con el fin de que puedan aceptar la carga de crear una infraestructura capaz de producir para todos, los bienes esenciales. Para los ricos, esta austeridad puede ser muy bien el único instrumento asequible para descubrir la solidaridad y comunión sin la cual se verían excluidos de la fraternidad con los no-privilegiados. Como ha dicho Le Bret, un mundo sin solidaridad y comunión es un mundo de ambiciosos. Y un mundo de ambiciosos es moralmente un mundo sórdido, en desesperada carrera hacia la barbarie.

En su "Gran Ascenso", Robert L. Heilbroner expresa el mismo pensamiento con palabras diferentes: "Nosotros gastamos en clubs nocturnos una suma equivalente a los presupuestos nacionales de una docena de países pobres. No emplear esta abundancia en la elevación de los hombres evidenciaría una descomposición moral de Oc-

cidente, tan destructora como un sin número de revoluciones externas".

El día de la gran opción

Únicamente cuando tenga lugar esta revolución moral, la Alianza para el Progreso podrá convertirse en una auténtica alianza —un apretón de manos en consecución de una tarea común— para el progreso, al crear juntos los instrumentos eficaces de realizar el ideal americano de libertad e igualdad de oportunidades dentro de las instituciones, de que las normas de conducta económica y los sistemas de las relaciones políticas sean de verdad universales y fraternos.

Mientras esta revolución no nazca, el egoísmo colectivo seguirá creciendo en las tierras desarrolladas y sub-desarrolladas y privará a todos de una vida sana, vida de la plenitud del bien que es algo cualitativamente distinto de una mera proliferación de bienes. ¿No suena esto a utopía? Si es así, ha llegado el tiempo de que entendamos que, en un mundo repleto de fingidas alabanzas a los ideales, solamente un compromiso decidido con los valores universales —aunque parezcan utópicos— puede salvar la civilización. Henry Miller, nada amigo de los moralistas soñadores, dijo una vez: "Un día llegará, créanme, y será el día de la Gran Opción. Elegir entre hacer el bien o hacer el mal. Y entonces nos veremos obligados y forzados bajo pena de muerte colectiva a escoger el bien. No nuestras convicciones religiosas sino las condiciones mismas de nuestra vida terrestre se constituirán en nuestros ángeles tutelares".

Si Occidente falla, está sentenciado. Habrá llegado a ser testigo, aunque no lo quiera, de la verdad del lamento Victoriano de Matthew Arnold: "Nosotros vivimos entre dos mundos: uno muerto, el otro sin fuerzas para nacer".

Nueva York, abril 1966.